



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES

LUIS SAINZ



Este notable pintor,
modesto, amable y discreto,
ha descubierto el secreto
de la línea y del color.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Dos hijos, por José Extremera.—Mortis causa, por Flaco Iráyoa.—Los perdidos, por Eduardo de Palacio.—La madrugada, por Sinestio Delgado.—Consulta, por Juan Pérez Zúñiga.—Lenta, pero continua decadencia, etc., por Tomás Tuesta.—El vacío, por José Borrás.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Apuntes.

GRABADOS: Luisa Sáinz.—Cantares populares.—Cosas de chicas, por Cilla.



Los ambiciosos se agrupan y se recuentan estos días para echar a la lotería de Navidad.

Casi todas las personas que se aventuran a jugar cinco reales en un décimo, están pasando mal las noches, porque nada desvela tanto como la esperanza.

—No tendremos la suerte de que nos toque, pero si saliese premiado nuestro número, lo primero que hacíamos era ir a ver a un tío que tenemos en Castellón de la Plana, y está muy bien—decía una señora de clases pasivas, que acude todas las noches al café de la Luna con un niño encanijado, que parece un langostino sin cocer.

—¡Juega V. mucho?—le preguntaba un chico de Fomento, próximo a quedar cesante, porque se significó en tiempo de Pidal como escribiente católico de la clase de quintos.

—Vengo a jugar, en pequeñas fracciones, unos siete reales y dos cuartos.

—¡Caramba!

—Pues de esto he dado parte a un municipal amigo de casa.

—Yo no sé qué tiene el dinero de la lotería, que se gasta sin sentir. Mire V.; una vez nos tocaron seis duros a un amigo y a mí. Pues entre francachelas y locuras, nos los gastamos en quince días.

—Ustedes los solteros no miran nunca por el día de mañana. Lo mismo era un hermano que se me desgració en la calle de la Ventosa, ahora hará dos años.

—¿Se desgració?

—Sí, señor; porque él era dado al aguardiente, y una tarde fué a ver a un sastre amigo suyo, y se bebió por equivocación medio cuartillo de bencina, creyendo que era anís del mono.

—¿Qué limpia le habrá quedado la parte interior!

—¡Pobrecillo! Daba unos mordiscos a la hora de la muerte, que no se puede V. figurar. En uno de los accesos se tragó un boliche de la cama; y si el médico no se quita, le clava los dientes en una oreja.

—¿Y ahora está V. solita?

—Pues tengo este niño, que gracias a Dios, es muy despejado y muy mono. ¡Si viera V. qué disposición tiene!.. Antolín, dile a este señor cuántos son los vientos del cuadrante... Anda hijito, que te quiere oír este caballero... Echale la relación del *Nudo Cordiano*.

—Déjele V.; no tendrá ganas.

—Aunque lo ve V. así, encanijadito, no sabe V. lo sano que está y las carnes que tiene. Anda, monín, recógete el pantalón para que te vea este caballero las pantorrillitas...

—Sí que tiene unas piltrafillas muy hermosas.

—Se quedó así de un sofoco que tuve con una cuñada. Era una golosona sin pizca de consideración, y un día que había hecho yo unas albondiguillas de patata para obsequiar a un sacerdote amigo nuestro, que nos daba a probar todo lo suyo, fué y se comió tres. Aquello me pudrió la sangre, y de rechazo lo pagó esta criatura.

—¿La tomó V. con el chico?

—¡Quiá! El chico no había nacido todavía, pero como estaba tan adelantada, y éste siempre ha tenido mucha penetración, se conoce que también se disgustó dentro.

La viuda y el escribiente empiezan por confiarse sus

penas recíprocas, y concluyen por amarse como unos insensatos; pero el niño está allí en clase de vengador del difunto, y no cesa de decir, clavando los ojos en el galán:

—Mamá; dile a ese que se vaya.

—¿Por qué, cielo mío?—le pregunta la mamá, empleando una amorosa sonrisa.

—Porque se ha comido todo el azúcar del platillo.

Los pavos que no han querido someterse a la medida profiláctica de la vacuna, sufren hoy las consecuencias de su insensatez y ven con dolor que se les llena el cuerpo de viruelas.

Para evitar la propagación de la epidemia, el alcalde los arroja de la buena sociedad, fijándoles la residencia en la pradera del Canal, a donde acuden también todas aquellas personas que no pueden pasar sin su pavo correspondiente.

Antes era cosa fácil obtener uno de éstos en perfecto estado de salud; ahora la adquisición exige un viaje, que suelen realizar las familias en pelotón, porque como dicen las personas precavidas, ven más ocho ojos que dos.

Las esposas dicen a sus esposos:

—Ya sabes cómo están los pavos.

—Sí; veo que los pobrecillos sufren.

—Pero ese no debe ser obstáculo para nosotros. A mí el pavo me gusta de todas maneras.

—Bueno.

—La cuestión es encontrar uno que esté en la convalecencia.

—¿Y cómo vamos a encontrar esa ganga?

—Yéndonos al Canal esta tarde. Allí los habrá de todos los periodos.

En el Canal, los niños se dirigen en tropel a una manada que pasea silenciosamente.

—Esos no—grita el papá.

—¿Por qué?—pregunta uno de los chicos.

—Porque tienen muy pálidas las fisonomías.

—Busquemos otros—dice la madre.

El grupo se dirige a un vendedor que procura sacar a los pavos de su letargo, sacudiéndoles con una vara.

—¿Tiene V. un pavo útil?—le pregunta el papá.

—Todos están buenos, a Dios gracias, como yo para mí deseo.

—A ver; ese chiquitín parece muy listillo; enséñemelo usted.

—Procure V. no decir una palabra de la enfermedad que sufren hoy sus hermanos, porque podría entrar en aprensión...

—Pierda V. cuidado. ¿Y cuánto cuesta?

—Cuarenta reales.

—Me parece que está calenturiento.

—Será de la mala noche pasada. Como el alcalde los ha traído aquí, privándoles de la vida de la corte, están desazonados y nerviosos.

—¿Si hubiera venido con nosotros Silverio, tu sobrino!... —añade la esposa.

—¿Qué?—pregunta el marido.

—Podría decirnos si este inocente tiene calentura. De algo le ha servir el estudio de la medicina; porque un pavo mal comparado, es como una persona.

—Más que una persona—dice el vendedor.—Hay pavo que tiene mejores sentimientos que cualquiera individuo. He tenido uno que el día que se murió mi suegra lloraba como una criatura... ¡Si viera V. lo que se querían!

Con viruelas y sin viruelas, la humanidad tradicionalista comerá pavo. Ante las sujestiones del estómago, los escrúpulos desaparecen y el hombre se lanza ciego por el camino de los placeres.

Lo más que harán los seres precavidos será comerse, a guisa de postre, un tubo de linfa de vacuna, para contrarrestar los efectos variolosos.

Y por hoy no canso más.

LUIS TABOADA.

DOS HIJOS

(DE VICTOR HUGO)

Madres, si en honda amargura
el hijo perdido os deja,
llorad, llorad; vuestra queja
escucha Dios en la altura.

El bajo su guarda toma
al pajarillo perdido,
y á veces al mismo aido
vuelve la misma paloma.

Allí en la senda escondida
de la eternidad, acaso
da el que muere el primer paso
para volver á la vida.

Tenia una madre cuanto
en la vida ambicionaba:
un marido que la amaba
y un hijo que era su encanto.

Con celestial complacencia,
para velarlos mejor,
junto al lecho del amor
colocó el de la inocencia.

Ella, con santo cariño,
casi nunca se dormía,
y su aliento contenía
para escuchar el del niño.

Si su cariño al llorar
no contenía su llanto,
llamándole «cielo, encanto,
su bien, su ángel tutelar,»
con indecible contento
con el pecho le acallaba;
parecía que le daba
el alma con el sustento.

Y á la tierna criatura
adormecía á los sonos
de monótonas canciones
llenas de amante ternura.

Besarle los pies quería,
nunca quietos los hallaba;
por cada beso que daba
muchos golpes recibía.

Ni envidiada, ni envidiosa,
en aquel santo placer,

vivió la buena mujer
completamente dichosa.

La angelical criatura
un día infuusto murió;
la pobre madre se vió
con un pie en la sepultura.

Tuvo después otro año
con honda pena, al pensar
que el segundo iba á robar
al que murió su cariño.

Pensaba que desde el cielo
aquel ángel exclamaba:
«¡Ay! mi madre no me amaba,
que halla á su pena consuelo.

Ya rompe los tiernos lazos
con que su alma unió á la mía:
yo duermo en la tumba fría
y el otro duerme en sus brazos.»

Su amor, con el uno esquivo,
buscó en el otro su puerto,
y, llorando por el muerto,
casi aborrecía al vivo.

Una vez, junto á la fosa
del hijo muerto lloraba,
y cerca el otro acosaba
una blanca mariposa.

Medio loca se atrevió
á mover la losa dura;
revolvió la sepultura
y sólo tierra encontró.

Entonces, fuera de sí,
gritó: «¿En dónde está mi hijo?»
y el que jugaba, le dijo
corriendo á su lado: «¡Aquí!»

Dios bajo su guarda toma
al pajarillo perdido,
y á veces al mismo nido
vuelve la misma paloma.

J. ESTREMERÁ.

MORTIS CAUSA

—Señor doctor, por favor,
vaya usted á todo correr,
porque si no mi mujer
se me va á morir, doctor.

—¿Está indispueta? —Sí tal.

—¿V está en cama? —Todo el día.

—¿Pues qué tiene? —Todavía

no he conocido su mal.

Oiga usted la relación.
Mi esposa, doña Susana,
me ha pedido esta mañana
que le compre un medallón.

Como la época en que estamos
es muy mala ¿sabe usted?
claro está, yo me negué,
ella insistió, regañamos,

y le ha dado un arrechucho
que se vió comprometida,
se fué á la cama en seguida
y se está quejando mucho.

—¿Será cualquiera simpleza!
¿Algún ligero dolor
de cabeza?

—No señor,
no le duele la cabeza.

—¿Y el pecho, le duele? —¡Quí!

—¿Y la espalda? —Mucho menos.

—¿Y los nervios? —Siguen buenos.

—¿Es raro? —¡Pues ahí verá!

—¿Tiene frío? —No señor.

—El caso me vuelve loco.

—¿Tendrá calor? —Quí, tampoco,
tampoco tiene calor.

—¿Y tose? —No tiene tos.

—¿Come bien? —Sí, por fortuna.

Hoy ha comido á la una
y ha merendado á las dos.

—Pues no atino con el mal
aunque me esté todo el día,
porque la Patología
no recuerda un caso igual.

—¿Y no hay remedio? —¡Lo siento!

En fin, veremos á ver...
Dígale usted á su mujer
que voy á verla al momento.

Llegó el doctor diligente,
y cumpliendo el hombre con
su penosa obligación,
entró á ver á la paciente;

y al mirar la gravedad
de una enfermedad oculta,
salió, al fin, de la consulta
sin saber la enfermedad.

Apenas la hubo dejado,
salió á su encuentro el marido,
y llorando y afligido
le dijo desconsolado:

—¿Y qué tal? ¿Es cosa grave?

—¿Qué es lo que tiene? —No sé...

—Estoooo, ¿qué opina usted?

—¿Se podrá curar? —¿Quién sabe!...

—¡Doctor, por Dios se lo pido!

—¡Mi situación es horrible!

—¡Haga usted un imposible
aunque me cueste un sentido!

—Está mal—dijo el doctor,—
y opino que, aunque le pese,
hay que hacer que se confiese
y que traigan al Señor...

—¡Cómo! ¿Se va á desgracia?
¿Se muere y no hay quien lo impida?
¡Ay, esposa de mi vida!
¿que la van á viaticar?

—¡Hombre, no! Lo que yo quiero,
y es el remedio mejor,
es que traigan al Señor...
de González. ¡Al joyero!

FIACRU VÁRZOS.

LOS PERDIDOS

No hay que alarmarse, granujas en propiedad, estafadores pacíficos, canallas legales ostensiblemente.

Esto no va con vosotros, pilletes desvergonzados ó vergonzantes, según vuestra idiosincrasia.

Los perdidos á quienes me refiero son los favorecidos con este título por los tontos y por los miserables auténticos.

El calificativo de perdidos se aplica por la turba de rufianes con diploma de tales, y por las clases de vagos é imbéciles, á cuantas personas no se hallan conformes con la estupidez ó con la indignidad, que son monedas corrientes.

En la cofradía de perdidos, según los testimonios de los gremios anteriormente indicados, forman siempre cuantos hombres valen en el país.

Es perdido el infeliz que trabaja y no consigue atender con holgura á sus obligaciones.

—¡Valiente perdido es el vecino del piso tercero!—dice la portera á dos ó tres jóvenes del ramo de fregatrices públicas.—Aún no ha pagado al casero.

—¿Qué escándalo!

—¿Qué tunante!

—Pues él come.

—¡Ya lo creo! Si no ya hubiera fallecido.

La mayoría de los ciudadanos gustan de comer garbanzos, tomar el sol, tomar el aguardiente, asistir á las peleas de gallos y ver los cadáveres de las personas que mueren á mano airada.

Pues el que aborrece los garbanzos, no comprende el placer que proporciona tomar el sol, ni las riñas de gallos, ni la contemplación de los dramas naturales, ya se sabe, es un ente raro, un perdido.

Dios libre á VV. de no asentir, siquiera sea con una cabezada, á la opinión que la turba multa emite respecto de un hombre ó de un suceso, porque los denominará perdidos.

No manifiesten VV. francamente que alguna tontería que, según fingen, á otros interesa, tiene á VV. sin cuidado, porque le calificarán de frívolo y de perdido.

¿No publican VV. su historia secreta?

¿No cuentan, á los que quieren oírlo, cuanto han hecho y cuanto se proponen hacer, por atrevido que sea?

¿No participan VV. á las personas á quienes tratan si les ha nacido un hijo ó si se siente poetisa su cocinera?

¿No dan pie para que todos los amigos y aun los que no lo son, se enteren al pormenor de lo que VV. ganan y de lo que ustedes gastan y en qué lo emplean?

Pues si en estas debilidades de tener carácter y pudor dan ustedes, no habrá quien les quite el dictado de perdidos.

Es indispensable sujetarse al programa de necedades y mentiras que ha formado y aprobado la sociedad de hombres correctos.

No hay gente más correcta que los tontos de solemnidad.

Hablan de un joven rico, que no se dedica á trabajar por gusto, ni siquiera hace crochet, ni pinta *marismas*, ni extrae versos de su cabeza, y dicen los amigos y demás personas que le conocen:

—Es un perdido.

Entre los murmuradores suele contarse alguno que apenas puede comer á turno de tres, y que debe al sastre desde las primeras prendas con que le vistieron de corto, hasta nuestros días.

El hombre expansivo que habla sin temor ni falsedad y dice cuanto siente y manifiesta su opinión franca en todos los asuntos, es un perdido, que carece de responsabilidad.

Las tres cuartas partes de la humanidad viven escudriñando los actos y la vida privada de la otra parte.

Aunque VV. vivan honradamente y á nadie molesten con historias, no se librarán de la murmuración del vecino.

Un caballero á quien yo trataba y que poseía cuarenta mil duros de renta, cuando le preguntaban por algún individuo, respondía:

—Es un perdido, que en fuerza de privaciones y trabajando como un negro, ha reunido ahí un capitalito de diez ó doce mil duros.

—¿Y piensa V. casarse con ese hombre?—pregunta á una muchacha un sujeto del orden de descalzos, sin más instrucción que las primeras materias de leer, escribir en letra gorda y las cuatro reglas de cuentas.—Es un perdido.

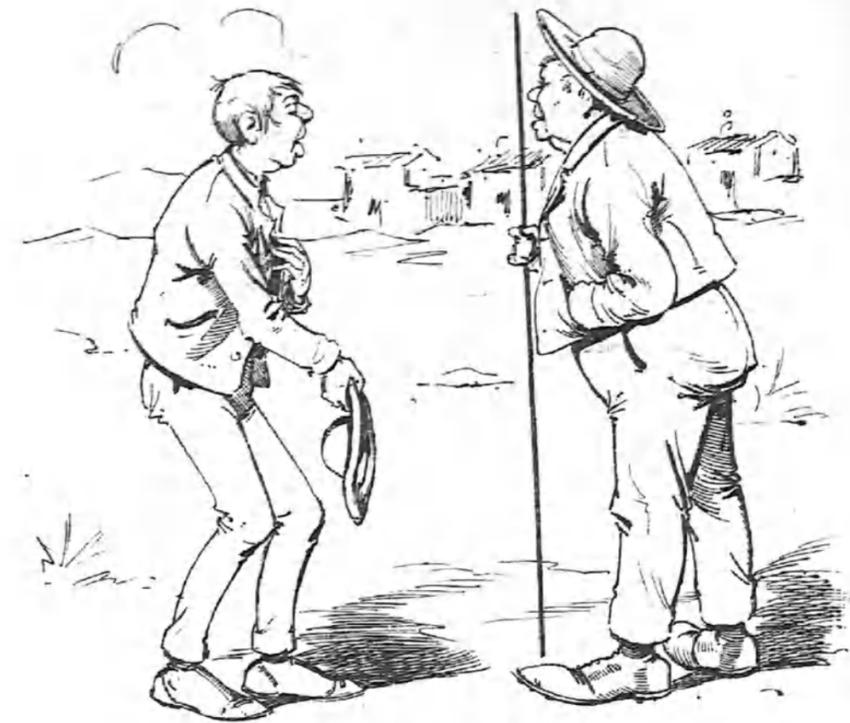
CANTARES POPULARES



Una tarde á San Pedro
le dijo Cristo:
—Ahí te entrego las llaves
y abur, Perico.



Una vieja revieja
dijo al pan duro:
—Si te pillara en sopas
yo te aseguro!



—A mí me llaman Peneque,
señor alcalde, ¿qué haré?
—Vaya usted con Dios, Peneque,
que yo lo remediaré.

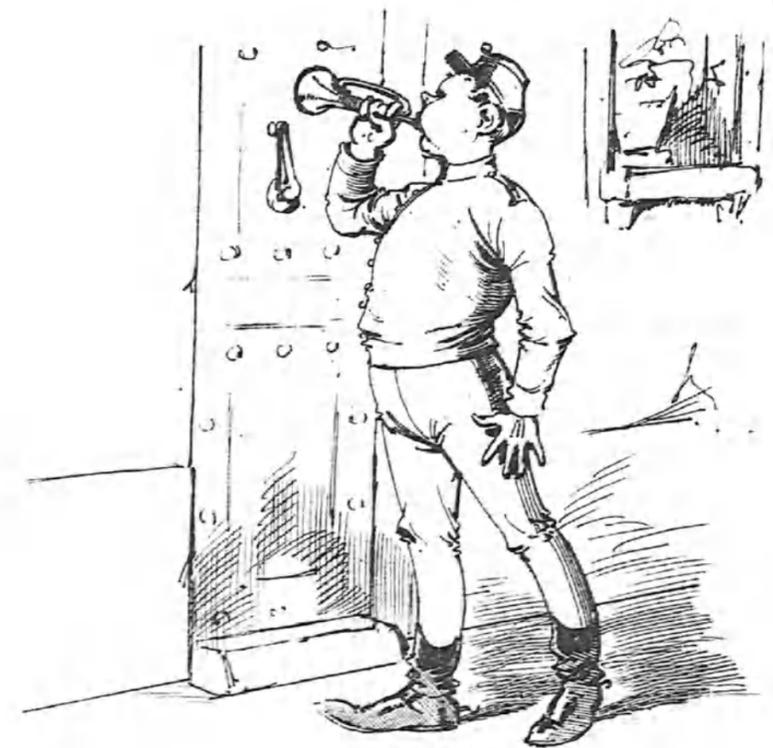


A las oraciones
cierran el convento;
¡pobrecitos frailes
que se quedan dentro!



En lo que me entretengo
cuando estoy solo:
me quito la peluca,
¡¡¡¡¡

Lib. de Brubo. Deseñado: 17 y Carbon. 7. Madrid.



¡Cásate, vida mía,
con un corneta
y tendrás *burururu*
siempre á la puerta.

El perdido suele ser una persona digna y con sentido común, por lo menos.

¿Que trasnochando VV. por causa de sus ocupaciones?

Perdidos.

¿Que trasnochando no pueden levantarse para saludar á las burras de leche?

Perdidos.

¿Que descuidan el traje, y no visten ternos, aunque sean de pelo largo, ni usan á todo trapo guantes de piel de conejo de Indias?

Perdidos.

¿Que por la independencia de carácter no se amoldan á la adulación ni al servilismo?

Perdidos.

¿Que no son VV. como relojes, que sistemáticamente asistan á las doce á tal parte; á la una á tal otra; á comer al dar las cinco; al café á las seis y media?

Perdidos.

Dios sabe dónde andarán VV. á esas horas.

¿Van á todas partes?

Perdidos, que nada tienen que hacer.

¿No van VV.?

Perdidos, que andarán de juerga.

Cuando oigo decir á un sujeto:

—Fulano es un perdido.

Lo primero que hago es guardarme del que lo dice.

Hay perdidos de veras, pero á éstos nadie se lo censura.

Es según lleven la perdición

O según lleven la hipocresía.

EDUARDO DE PALACIO.

DE MADRUGADA

Es el caso que sin gana maldita de trasnochando hoy me he venido á acostar á las tres de la mañana.

Hace un frío de pistón que entumece y acoquina, porque la densa neblina se mete hasta el corazón.

La trémula luz del gas luchando en todos terrenos, cada vez alumbra menos, cada vez oscila más.

Del Madrid que nos engaña y se abrillanta y reluce con el oro que produce la rica mina de España,

queda tan sólo el rumor de unos cuantos transeuntes. Van, en prueba, mis apuntes de niño trasnochador.

He encontrado lo siguiente: dos guardias que ni planiados, con los pelos escarchados y dando diente con diente.

Luego, una anciana, cubierta con los restos de un mantón, durmiendo como un lirón en el umbral de una puerta.

Una persona que acaba de salir de una cantina y lucha contra una esquina si se clava ó no se clava.

Dos chulapos ó maletas con tapa-bocas y fajas, que deben llevar navajas debajo de las chaquetas.

Tres parejas de señoras muy pintadas de carmin y muy amables... en fin, las señoras de esas horas.

Un sereno con la calma del oficio, serio y grave, tanto, que sólo Dios sabe cómo tendría su alma.

Un caballero muy fino, de gabán y de sombrero, que me ha pedido dinero para una copa de vino.

Un calavera ejemplar de los que pisan muy ruego, y que debe ser un necio que sale del lupanar.

Y por último, un obrero de alcantarilla tumbado con un farolillo al lado, al borde un agujero.

Y aquí paz y después nada.

¡Vean ustedes, señores, lo que son los esplendores del Madrid de madrugada!

SINESIO DELGADO.

CONSULTA

(Le llega el turno á Calista, y temblorosa se mete en el rico gabinetecito de un afamado oculista.)

—Examine usted, doctor, estos ojos.

—Son muy bellos.

—Gracias... Mas reniego de ellos.

—Pues el aspecto exterior...

—Y las pupilas, ¿qué tal?

—Tan guapas y peripuestas.

—No, yo pregunto por éstas.

—¿Las de los ojos? ... ¡Muy mal!

—Vea usted con detención qué tengo en ellas.

—Lo haré.

Mas primero tome usted

asiento en este sillón

y verá si el incisivo

del fémur de la sintaxis

envuelve la profilaxis

del metacarpo auditivo,

ó si el tinte casi rojo

de los músculos del bazo

absorben el espinazo

de las glándulas del ojo...

Mas me canso de observar,

y no veo daño alguno.

—¿Cómo que no? ¡Por San Bruno,

vuélvame usted á mirar!

—Lo dicho; no veo nada...

—¿Tendrá usted sucia la lengua?

—¿Señor?... No sufre tal mengua

quien se precia de aseada.

—Pues entonces yo no sé cuál es su indisposición.

—Présteme usted atención y yo se lo contaré.

Soñé la noche pasada que ciega quedado había,

y al llegar el nuevo día desperté sobresaltada.

¡Dios mío! ¿Será verdad? (me pregunté con horror.)

Abri los ojos, doctor, y no ví la claridad.

¿Qué es esto? (dije impaciente.)

¿Será que no he despertado,

ó será que me he quedado

cieguerita de repente?

Y con los ojos, doctor,

abiertos de par en par,

seguí un rato sin lograr

ver nada en mi derredor.

—Señora, aun siendo oculista,

del caso me maravillo.

Y... ¿qué más?

—Sall al pasillo

y allí recobré la vista.

Ahora bien; quiero que usted

me dé su opinión sensata.

¿Esto ha sido catarata,

ó gota serena... ó qué?

—¡Señora, venga usted aquí!

Cuando usted se despertó

allá en su alcoba, ¿no abrió

la ventana?

—No la abrí.

—¿Pues esa la causa ha sido

de no ver la claridad?

—¡Mire usted, pues es verdad!

¡No se me había ocurrido!

Gracias á usted, buen señor,

salgo de dudas y apuros.

¿Qué le debo?

—Cinco duros.

—(¡Cuanto sabe este doctor!)

JUAN PÉREZ ZÓRIGA.

LENTA, PERO CONTINUA DECADENCIA, ETC., ETC.

(TÍTULO CÉLEBRE DE UN ARTÍCULO DE JOVE Y BEVIA.)

El teatro llamado nacional está de mala. No cabe duda.

No me refiero al Teatro Español, Principe, 3, porque la negra de ese es proverbial hace mucho tiempo, bien que intentaran restaurarlo años pasados con aquel pintoresco *peluche*... Cuando apesar de ese esfuerzo decorativo y de los dramas de D. José Echegaray no pudo levantarse el Español, es que ni la caridad lo levanta.

Hablo del teatro proyectado por algunos patriotas que, viendo en peligro la hermosa tradición de nuestras quintillas nacionales y demás sonoridades métricas, intentan conjurarlo buscando un local más espacioso: como si no bastara el Español para los ripios de cada temporada.

Recuerdo que firmé una vez, escitado por varios escritores, una exposición muy enérgica, pidiendo al Municipio terrenos y operarios, gratis todo, por supuesto, para salvar la literatura.— Más tarde, hasta se indicó el sitio conveniente: la plazuela de Santa Ana, donde están los pájaros. Pero esto produjo gran alarma en el vecindario; querían quitar al pueblo, á la clase media de Madrid, el desahogo de una plaza: se hizo una protesta,—que firmé también. Yo firmo siempre todo lo que me presentan.

Pero la comisión, ó lo que sea, que se ocupa en eso, no cesa en su propósito ni se duerme en las pajas. Con una constancia de que hay pocos ejemplos, anda acechando á todos los Ministros de Fomento y á todos los Municipios que dan de sí nuestras frecuentes crisis, y malo ha de ser que un día no se le conceda el Prado ó el Campo del Moro para que maniobren nuestros dramaturgos.

El Alcalde saliente, Sr. Bosch, simpatizaba con la idea. Se comprende. No hay sino leer su última disertación sobre la inmortalidad del espíritu, *que flota sobre la vida de la naturaleza*, y que podía ponerse en redondillas, y hasta representarse.— Yo oí cosas de esas en el Teatro Español, y parece que las estoy oyendo en el que trata de instituirse...

«La vida del espíritu que flota,

el eco resonante del vacío...»

Si, señor; se lo oí á Vico ó á Calvo. La salida de Bosch fué una gran pérdida para los del teatro nacional. Por eso decía que el proyecto estaba de mala. Ese hombre, decididamente, tenía su drama, alcalde y todo.

Pero no desmaye, no desmaye la comisión. Tras de un alcalde viene otro, y Dios apríeta pero no ahoga. Quizá el propio Abascal, que es el alcalde más en prosa que hemos tenido, se enternezca en la inminente é ineludible conferencia. La cuestión es llegarle al alma. Después de todo, y á propósito de terrenos, cuando lo del Hipódromo también se enterneció.

Sin embargo, puesto que esa comisión ó junta directiva se compone de poetas, y de poetas ilustres muchos de ellos, bueno sería que pensara menos en el local y más en los dramas. Mire que el teatro español está muy por los suelos, y que este año, en Dios y en mi ánima, que no hay por donde cogérle; mire que no se estrena nada original, y que al par que de nuestras islas, tratan de apoderarse de nuestra escena; mire que los que más hemos abominado de tanto drama altisono, pero español al fin, casi los echamos ya de menos en este mar muerto de la literatura dramática nacional; mire que la *société de gens de lettres* está ya á las puertas de Roma. Ni hay quien escriba dramas, ni quien los represente; ¡á qué ese lujo del teatro entonces? ¡Dramas, dramas! Dejen VV. en paz al Ayuntamiento, y trabajen.—El solar

importa poco: los estrenos de Esquilo tenían lugar en la plaza pública.

Dora, Fernanda, Andrea, Denise... Pero, señores, si esto parece una casa sospechosa! Nada más triste que ver esos carteles donde quiera que se vuelvan los ojos, y el buen Sancho tendría hartos motivos para preguntar hoy si estábamos aquí ó en Francia.

Muy triste, ciertamente. Sin remontarnos á la espléndida producción de nuestro siglo de oro, sin llegar siquiera á la brillante generación de románticos que nos precedió, la poesía más gárrula y vana de nuestra escena, por decirlo así, contemporánea, resulta hoy un hermoso recuerdo... ¿Qué fué de *Doña Marta Coronel*? ¿Qué de la *Beltraneja*, hinchadas de quintillas?...

Sus ojos deslumbradores
luz eran de bosque y prado;
para su boca de amorés
su perfume regalado
robaba el viento á las flores.

¡Ah! Compáren VV. esta manera de señalar con la que ahora se usa, y echarán de menos, como tiempo mejor, el pasado.

¿Pues y cuando otros poetas, más modernos y peores, abordan, influidos por la musa del siglo, que es la del análisis, según Núñez de Arce, los más altos problemas, desarrollando su teodicea social, filosófica, etc., etc.? ¿Quién es osado hoy á reírse de ellos? ¿No eran suyas, y muy suyas, las redondillas que combinaban? Todavía no olvidé aquella en que se hacía aplaudir ruidosamente Antonio Vico:

Ser hijo de un menestral
ó serlo de Carlos quinto,
el padre será distinto
pero la deshonra igual.

Será mala; pero no fué tomada á nadie, ni siquiera á los moros. Y hemos llegado á un punto en que hay que descubrirse ante lo que cada cual saca de su cabeza.

Venga, pues, una restauración, cualquiera que sea la forma que afecte. Vuelvan los poetas descriptivos, trascendentales, legislativos, como sean, como quieran ser. Todo menos esto. En el teatro se hace preciso un hecho de Sagunto.

Y si los señores del llamado nacional se cruzan de brazos, ellos, que podían emprender la tarea regeneradora, seguiremos nosotros traduciendo. Hasta creo que, á imitación suya, no va á faltar quien le pida al Sr. Sagasta ó al Sr. Montero Ríos una subvención para el teatro... francés.

Y además les advierto que acaba de llegar á Madrid un estudiante gallego que, más cuco que el de Moratín, trae las alforjas llenas de comedias... traducidas.

TOMÁS TUERO.

EL VACÍO

Anoche, de una taberna
de la calle de Toledo,
por cuestión de quien pagaba
copa más ó copa menos,
se salieron al arroyo
dispuestos á armar jaleo
Perico el de la pañosa
y Sebastián el forforero.

Y después de dirigirse
ambos á dos mil flores,
y si tú eres un charrán,
y si tú eres un cochéro,
y yo te corto la cara,
y no me toques al pelo,
sacarón á relucir
dos navajas que, no miento,
parecían dos estoques
de dar mulé á los beseros.

Tardaron unos minutos
en elegir buen terreno
y en echar la capa al brazo,
y en guardar tras ella el cuerpo,
hasta que por fin los chulos
con coraje se embistieron.

No duró mucho la riña,
pues á los pocos momentos
se oyó un taco, luego un grito,
y cayó Perico al suelo
gritando: ¡favor! ¡socorro!
¡favor! ¡socorro! ¡soy muerto!

¡me ha atravesado el vacío
Sebastián el forforero!

Quedó en silencio la calle,
la lucha quedó en suspenso,
se oyó un pío... luego otro...
y acudieron dos serenos.

De la riña se enteraron
y llevaron al momento
al Hospital á Perico
y á Sebastián al Modelo.

Llegó Pedro al Hospital,
le examinaron los médicos
y declararon contestes
que el vacío estaba ileso.

—¡Es falso! —gritó Perico,
—miente el reconocimiento,
¡me ha atravesado el vacío
Sebastián el forforero!

Y al quitarse la chaqueta
para demostrar su aserto,
les presentó atravesado...
un bolsillo del chaleco.

—¿Y á eso llama usted el vacío?—
le preguntaron los médicos;
y les contestó Perico:

—¡Ay qué Dios! ¡Pus ya lo creo!
¡Á este le llamo el vacío
porque el otro estaba lleno!

JOSÉ BORRÁS.



Nuestro querido amigo el Sr. Gutiérrez continúa en Sevilla.
Palabra de honor que continúa en Sevilla.

Un roto birrete quita
el Rata á su Rita ingrata.
Le sigue en cuanto se irrita
un rato la ruta Rita
y reta y derrota al Rata.

Julio Ruiz se permitió, noches atrás, hacer una alusión depresiva para dos autores que habían tenido mala suerte en un estreno.

Oiga V., señor cómico, eso está muy mal hecho y no han debido tolerárselo á V. ni los interesados ni la empresa.

Verdad es que el que no tiene gracia de buena ley tiene que echar mano de cualquier cosa.

¡Y conste que no conocemos á los autores!

La gente menuda, sainete de nuestro director, se ha impreso y puesto á la venta en la casa editorial de D. Eduardo Hidalgo, Sevilla, 14, principal.

No me atrevía á insertar este anuncio de la casa.

Pero, en fin, ya lo hice; VV. perdonen.

Habla *La Epoca*:

«La bolsa muy firme.»

No podíamos decir otro tanto cuando mandaban ustedes.

¡A Dios le roban el reloj!

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca de los *Calendarios americanos* publicados por la librería de Bailly-Baillière, pues los hay para todos los gustos y fortunas.

¡Y son tan bonitos!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. L. M.—Valoria.—Gracias; se hará el encargo.

Sr. D. J. F.—Madrid.—Tampoco sirven. Los primeros parecen villancicos materialmente.

Sr. D. C. S.—Madrid.—Muy bien; me gustan mucho. Dibuje V. lo que quiera en papel autógrafa con tinta ídem. Entérese V. en cualquier litografía, y á ver si publicamos algo de V. en el almanaque.

Sr. D. J. P.—Avilés.—Recibidas las copias de D. A. B. ¡Qué malas son! Puede que publiquemos algo para muestra.

Un quitán.—Valladolid.—Sirve una de ellas.

Sr. D. V. M.—Sevilla.—No está mal hecha; pero *camaraita*, es atroz de fuerte... ¡Muy fuerte!

Abeyete.—Habana.—Tampoco está mal hecha; pero resulta pesada y algo oscura. ¿Me entiende V.?

Sr. D. R. R.—Salamanca.—A juzgar por la letra y por todo, ó es usted señora ó niño de la escuela.

Sr. D. José María Luis.—Flojita, no mucho; pero algo.

Un ciudadano.—Cádiz.—Pues... recuerdos á papá.

Sensible.—Sigue V. malito. ¡Aliviarse!

Sr. D. J. V.—Medianos.

Sr. D. A. G. Q.—Madrid.—Muy bonitas. Se publicarán.

Sr. D. A. T.—Madrid.—Veremos. Hay que examinarlas despacio.

Sr. D. F. L.—Calatayud.—Del sistema antiguo.

Fulanó á secas.—Madrid.—Sigue teniendo gracia; pero ¿por qué eres tan sucio, hombre?

Un aragonés.—No hay más que uno muy bueno... ¿Está V. en el seminario?

Sr. D. M. S.—Huesca.—Tristis est anima tua.

Sr. D. E. P.—Madrid.—Sirve algo.

Sr. D. R. G.—Madrid.—Eso no.

Sr. D. A. H.—Madrid.—Ni eso.

Sr. D. A. G.—Valladolid.—Ambas están bien hechas; pero son *andinas*.

Sr. D. A. C.—La Palma.—Tres sainetes, á peseta, tres pesetas.

Sr. D. M. M.—Madrid.—Jesús, cuantos ripios!

Sr. D. J. V.—Madrid.—Fuercecito como ello solo.

Sr. D. A. M.—Madrid.—Flojito y gastado.

Sr. D. J. P.—Madrid.—Pues yo creo en los dos cielos y en que esas cosas son muy serias.

COSAS DE CHICAS



—¿No decían que este periódico *hablaba* de papá? ¡Pues yo no oigo nada!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 3 pesetas; semestre, 5; año, 10
 Provincias.—Semestre, 5 pesetas; año, 10
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
 Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.
 Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
 A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
 Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda.
 DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

BIBLIOTECA FESTIVA

POR

FRANCISCO ARECHAVALA

EN PRENDA.—Tomo I. VIVIR PARA REIR

Precio: DOS REALES

A los libreros y vendedores, 25 por 100 de rebaja.
 Oficinas: Concepción Jerónima, 19, segundo, izquierda.—Madrid
 Se admiten suscripciones y anuncios

UN VOLUMEN MENSUAL

Los tres tomos del trimestre, una peseta para los suscritores en toda España

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

No se admiten suscripciones.—Se da como REGALO á todos los suscritores del MADRID CÓMICO.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.
 A corresponsales y vendedores, cada ejemplar, 10.

Este periódico, complemento del MADRID CÓMICO, está redactado é ilustrado por todos los colaboradores y dibujantes de éste.

A los señores corresponsales que lo sean de ambos se les remitirán las cuentas unidas y en las mismas condiciones.

Los que lo sean sólo del *Madrid Politico* deberán atenderse á las observaciones insertas en el anuncio del MADRID CÓMICO.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPañÍA COLONIAL
 PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Securaal..... Moderna, 4

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE CONFECTIBLES DE MADRID